LA LIBERTAD CRISTIANA EN LUTERO

Por

Tomás Vargas

TRABAJO DE INVESTIGACION

En cumplimiento parcial de los requisitos
para el Bachillerato en Teología

Seminario Bíblico Latinoamericano

16 de Octubre de 1970

C O N T E N I D O

INTRODUCCION

Una de las figuras más fascinantes de la historia Occidental es Martín Lutero. Respetado y odiado. Calumniado y defendido con la misma pasión. Para algunos de sus contemporáneos Lutero era una voz profética portadora de un mensaje Cristo céntrico, bíblico y justiciero. Para otros el Reformador es una encarnación del mal. Un auténtico representante del averno. Es innegable que tanto su persona como su obra, están pletóricas de paradojas.

Lutero desciende de una familia piadosa y junto con ellos cumplía fielmente con los deberes religiosos. A los ventidós años ingresa voluntariamente a la Orden de los Agustinos, en donde después de cumplir con los ejercicios ascéticos exigidos, lo ordenan sacerdote.

Diez años más tarde enseña Biblia en la Universidad de Wittemberg. Allí descubre que muchas de las doctrinas que él sustentaba como verdades últimas, no son respaldadas por las Sagradas Escrituras. Entre los años 1515 y 1516, Lutero prepara su Comentario a la Epístola de los Romanos. Se plantea en ese Comentario la corrupción innata de la naturaleza humana. Se esmera por demostrar cómo la voluntad del hombre sólo está inclinada hacia el mal, por cuanto su naturaleza es mala y depravada. Desde entonces hace suya una de las tesis más controversiales en el terreno teológico; es decir, la absoluta falta de libertad del hombre para elegir lo bueno.

El problema de la libertad es bastante complejo en el Reformador. Lutero en ningún momento pretende ser original en el tema que le preocupa. El mismo confiesa que es profundamente paulino y agustiniano en su afán de negar radicalmente el libre albedrío.

Ante la defensa que del libre albedrío hace Erasmo, Lutero le riposta con su folleto *De Servo Arbitrio*. Obra con que pretende destruir el optimismo humanista. Su lenguaje es irónico, violento y descortés; pero de una lógica contundente: Dios es todo, el hombre no es nada.

En un esfuerzo último, delíneo a grandes rasgos las dos proposiciones conque Lutero introduce una de sus obras más representativas, el tratado de *La Libertad Cristiana*. En esa pequeña obra Lutero, expone -en palabras del prologista Gutiérrez-Marín- "el sublime maridaje de la libertad por la fe y la sujeción por el amor".[1]

Quede consignado que este trabajo monográfico sobre la Libertad en Lutero, sólo pretende ser un balbuceo de uno de los temás más complejos que mantiene en contínua preocupación no sólo a la Teología, sino también a la Filosofía, a la Psicología y a la Etica.

---

[1]Martín Lutero, *La Libertad Cristiana*. Traducido del Alemán por M. Gutiérrez-Marín. (Buenos Aires: Librería "La Aurora", 1938), p. 7.

CAPITULO I

TRASFONDO HISTORICO

Un 17 de julio de 1505, Martín Lutero en la firme convicción de que obedecía a un llamamiento del cielo, tomó los hábitos religiosos en el austero monasterio de los agustinos de Erfurt. Toda su angustia se concentraba en la búsqueda de su salvación y qué mejor lugar que el monasterio donde lograría la emancipación de sus pecados. Liberado así, asegurarla la salvación de su alma. Fue tal la agonía del joven novicio, que todos los ayunos, vigilias y las disciplinas que se impuso, no fueron suficientes para resolver sus conflictos espirituales.

Aquel hombre en permanente búsqueda de cómo apaciguar a ese Dios justicieron, tropezó con la concepción escolástica de su tiempo que sostenía: que el destino de los hombres, aun desde la misma creación, ya ha sido determinado por Dios. A lo que Lutero coléricamente responde:

> ¿Acaso no va contra toda razón natural que Dios, por su propio capricho, abandone a los hombres, los endurezca, los condene, como si se deleitara con los pecados y los tormentos eternos de los desgraciados, El, de quien se dice que tiene tanta misericordia y bondad? Esto parece injusto, cruel e intolerable en Dios, y muchísimos se han escandalizado por esto en todas las edades ¿Y quién no lo haría? Yo mismo, más de una vez, he sido arrastrado a los propios abismos de la desesperación, hasta el punto de desear no haber sido creado nunca.[1]

---

[1]Roland H. Bainton, Lutero. Traducido de Raquel Lozada de Ayala Torales. (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1955), p. 60.

Esta concepción teológica del determinismo divino, le fue dada a Lutero bajo el respaldo de la autoridad de Agustín. Este a su vez, pretendió sustentarse en aquellos pasajes bíblicos donde el Apóstol Pablo dice que Dios ha escogido a algunos como vasos de honra y a otros **los ha** elegido como vasos de deshonra.

Entre los valiosos aportes que el Reformador hizo al protestantismo, hay que destacar su énfasis sobre el libre exámen de las Escrituras, la justificación por la fe, la salvación por la pura gracia divina. También expuso ante los humanistas de su tiempo, y de todos aquellos que han confiado y confían en la bondad innata del hombre, la incapacidad de éste para hacer obras meritorias. De allí que la salvación del hombre, sólo sea mérito de la gracia de Dios. Uno de los temas que le inquietó a Lutero, fue el de si somos dueños de nuestros libre albedrío o definitivamente somos esclavos con todo y albedrío a una Voluntad superior. Veamos en forma muy sucinta algunas posibles fuentes de la tesis que sostiene.

San Agustín

El obispo de Hipona tuvo que hacerle frente a dos grupos heréticos. Por un lado los maniqueos que negaban la libertad. Por el otro a los pelagianos que la confirmaban al punto de anularla con sus desmedidas alabanzas. Agustín asegura la existencia del libre albedrío para combatir la doctrina de Manes que lo negaba, y declaraba al hombre incapaz de realizar algún acto bueno. Ante los pelagianos expone en términos dramáticos la miseria del hombre caído, que ensombrece el libre albedrío. Afirma

que la voluntad de Dios está por encima de todo, y nadie puede impedirle que ejecute soberanamente sus désignios. Que puede elegir a unos para el cielo y a otros para el infierno.[2]

Bonet sostiene, que no fue tanto Agustín quien influyó en el radicalismo de Lutero de negar la existencia del libre albedrío, sino más bien la tradición agustiniana. Según Bonet afirma, esta tradición había organizado los pensamientos de Agustín en tal forma, que sólo se destacara su pesimismo.[3] El citado autor menciona, que para el tiempo de Lutero, hubo tres corrientes que se desprendieron del pensamiento de Agustín. La primera se distinguió por subrayar el predestinacionismo. Fue una postura extrema. La segunda corresponde a la codificación de aquellas doctrinas de tinte pesimista, y que destacan la impotencia del hombre para hacer el bien. También es una posición radical. La tercera corresponde al agustinianismo moderado, que se distinguía por una marcada influencia del aristotelismo y del doctor angélico. La pregunta que se levanta es ¿cuál de estas corrientes influyó en el monje de Wittenberg.[4]

Tomás Bradwardine (+1349), fue profesor en la Universidad de Oxford y posteriormente arzobispo de Cantorbery. Fue uno de los principales representantes del agustiniánismo predestinacionista o determinista. En su

---

[2]Alberto Bonet, La Filosofía de la Libertad en las Controversias Teológicas del siglo XVI y primera mitad del XVII. (Barcelona: Imprenta Subirana, 1932), pp. 29-30.

[3]Ibid., p. 31.

[4]Ibid.

afán de combatir al pelagianismo, se inspira en el doctor africano para decir, que Dios no sólo predetermina al hombre para los actos buenos, sino también para los malos. Juzga que no obstante este predeterminacionismo, el hombre es libre no con respecto a Dios, pero sí frente al resto de la creación.[5] Se ha supuesto que fue la corriente agustiniana extrema, promovida por Bradwardine, la que incluyó en Lutero. Nadie ha podido probar esta aserción.[6]

Guillermo de Occam

Uno de los personajes más descollantes del escolasticismo, es Guillermo de Occam. Vivió unos ciento sesenta años antes que la figura señera de la Reforma: Martín Lutero. Seeberg nos da una interesante imagen del potencial intelectual que representa Occam.

> Dotado de una agudeza intelectual que se desplazaba con libertad entre las más agudas sutilezas lógicas, una devoción a la abstracción y la crítica racional más rigurosa, estaba inmejorablemente preparado para su tarea. Se interesaba agudamente en la política; pero tanto en ese reino como en el de la teología era un fanático campeón de la lógica. En vano buscaremos en él calor de sentimientos o lenguaje devocional. Su lógica es penetrante, pero el filo se desvía cuando se encuentra con la autoridad de la Iglesia de Roma. El lector no puede evitar una penosa impresión cuando el talentoso teólogo se excusa por sus atrevidas conclusiones, argumentando que sólo son inocentes ejercicios intelectuales o cita un gran número de opiniones sin decir claramente cuales concuerdan con la suya.[7]

---

[5] Ibid., p. 32.

[6] Ibid., p. 35.

[7] Reinhold Seeberg, Manual de Historia de las Doctrinas, Tomo II. Traducido del aleman por José Míguez Bonino, (Buenos Aires: Casa Bautista de Publicaciones, Sin fecha). p. 190.

Occam como nominalista, coloca tanto la verdad como la moralidad, no en la inmutabilidad de la esencia divina como lo hacía el realismo, sino en el centro mismo del querer de Dios. De esta manera el porvenir salvífico de los hombres no radica en la libertad que tienen de elegir, sino en la libertad absoluta de Dios para aceptar al hombre o rechazarlo.[8] Este asomo del determinismo de Dios en el occanismo, contribuyó para que Lutero repudiera el libre albedrío.

[8] Ricardo V. Feliu, Lutero en España y América Española. (Burgos: Ediciones Aldecoa, 1956), p. 112.

CAPITULO II

SERVIDUMBRE DE LA VOLUNTAD

Disputa: Erasmo - Lutero

Erasmo se había mantenido al margen de la discordia que estaba teniendo lugar entre el monje alemán y la curia romana. Era imposible que Erasmo, hombre de una estatura universal, pudiera mantenerse neutral en aquel conflicto donde toda Europa estaría presente. No es de maravillarse que por un lado, el papado insistiera ante el gran humanista para que se pronunciara contra Lutero. Con un solo plumazo suyo sería suficiente para aniquilarlo. Por el otro lado, los líderes de la Reforma buscaron granjearse su apoyo, pues no ignoraban que Erasmo sentía cierta simpatía por el nuevo brote de protesta contra la Iglesia institucionalizada.

El humanista no queriendo vivir en una ciudad extremadamente católica o reformada, buscó refugio en la tranquila, pacífica y neutral ciudad de Basilea. Pero era imposible que aquel hombre amante de la paz, se mantuviera a la retaguardia de aquella contienda eclesiástica-teológica. Pero ¿por quién pronunciarse? He ahí su gran dilema. Era una incógnita que no hallaba como despejar. No podía inclinarse por la Iglesia y el Papa, pues él fue el primero en censurar sus abusos y demandar una renovación. No se uniría con los disidentes, porque, según él, no proclamaban un mensaje de paz, sino un fanatismo apasionado y violento.

Gritan incesantemente: ¡Evangelio, Evangelio!, pero quieren

ser ellos mismos ser intérpretes. En otro tiempo, el Evangelio volvía dulces a los bárbaros, bienhechores a los bandidos, pacíficios a los pendencieros, bendecidores a los maldicientes. Pero éstos, como endemoniados, cometen toda suerte de atropellos y hablan mal de los beneméritos. Veo nuevos hipócristas, nuevos tiranos, pero ni una chispa de espíritu evangélico.[1]

Erasmo estaba decidido a no parcializarse con ninguno de los grupos en pugna, sólo quería realizar un trabajo que trajera beneficio a toda la humanidad. Ante las insistentès llamadas para que se apersonara en el campo de la lucha, dice en una dolorosa queja:

Es una desgracia que esta tormenta universal me haya sorprendido precisamente en el momento en que podía esperar un bien ganado reposo, después de mis muchos trabajos. ¿Por qué no se me permite ser puro espectador de esta tragedia, ya que soy tan poco apto para intervenir como actor y ya que tantas otras gentes se precipitan ávidamente en la escena.[2]

Lutero ante la indecisión de Erasmo para definirse, presintió que éste lo atacaría, según se lo participa a uno de sus amigos en el año 1522.

La verdad es más poderosa que la elocuencia; la fe, más grande que la sabiduría. No desafiaré a Erasmo, ni tampoco pienso devolver enseguida los golpes en el caso que me ataque. No obstante, no me parece aconsejable que dirija contra mí lad fuerzas de su elocuencia..., pero, si se atreviera, tendría que experimentar en sí mismo que Cristo no siente temor ni ante las puertas del infierno ni ante las potencias del aire. Me opondré al célebre Erasmo y en nada cederé, ni por su fama, ni por su nombre, ni por su posición.[3]

---

[1]Stefan Zweig, Triunfo y Tragedia de Erasmo de Rotterdam. Traducido del alemán por Ramón María Tenreiro. (Barcelona: Editorial Juventud, S. A., 1951), p. 157.

[2]Ibid., p. 156.

[3]Ibid., p. 171.

Lutero no tenía ningún interés en comprometerse en una disputa con Erasmo. Presentía que las repercusiones se le tornarían desfavorables. Melanchthon y Zwingli, intervinieron como mediadores para evitar un choque entre Wittenberg y Basilea. Inesperadamente Lutero le escribe una carta, no ya con aquel tono reverencial de un escolar, sino si se quiere, con un tono altivo de un hombre que ya tiene conciencia del papel histórico que es llamado a desempeñar. El tono de la correspondencia está muy calculado. La introduce con un lenguaje cortés y respetuoso, pero después descarga su enojo por la actitud vacilante del humanista. Lamenta su debilidad ante el momento histórico por el que la Iglesia atraviesa. Le insta para que se abstenga de atacarlo. Fue aquella carta la que desató la tormenta entre los dos gigantes de aquella época renacentista. Dijo Lutero:

> Llevo esperando mucho tiempo silenciosamente, querido señor Erasmo, y aunque siempre confié en que usted, como el de mayor categoría y más edad, había de ser el primero que pusiera fin al silencio, después de larga espera impúlsame el afecto a ser yo quien comience nuestra correspondencia. En primer lugar, nada tengo que objetar a que usted quiera aparecer como ajeno a nosotros, a fin de que su conducta sea bien interpretada por los papistas.... Pues ya que vemos que a usted no le han sido dados todavía por el Señor la perseverancia, el valor y el alma para que apruebe la lucha contra el monstruo, y, confortado, salga contra él a nuestro lado, no queremos exigir de usted lo que está más allá de la medida de mis propias fuerzas.... Pero viera con gusto mayor que usted, prescindiendo de sus dotes, no se hubiera mezclado en nuestro asunto, pues aunque usted, con su posición y su elocuencia, había podido lograr muchas cosas, fuera mejor, ya que su corazón no está con nosotros, que hubiera servido a Dios sólo con los talentos que le han sido confiados.... [que] se abstenga de todos sus discursos mordaces, retóricos y marchitos,... [y] que se mantenga sólo como espectador de nuestra tragedia...[4]

---

[4]*Ibid.*, pp. 172-173. Véase la traducción de toda la carta en Funck-Brentano, *Lutero.* (México: Editorial Diana, 1953), pp. 198 a 201.

Erasmo no pudo contenerse ante el atrevimiento de aquel oscuro monje. A sabiendas del obstinado adversario con que se las tenía que haber, se dispuso a salir a la palestra de la polémica. Lo que se admira en Erasmo, fue su aguda habilidad para elegir un tema donde no chocara aparatosamente con Lutero y toda la doctrina del Evangelio. Eligió el lado que consideraba vulnerable en el dogma del Reformador. Lo que es y será siempre un eterno problema en el campo teológico, es a saber, si la libertad humana es genuinamente libre o paradógicamente esclava.

La doctrina predestinacionista de Lutero era bien conocida del humanista. Erasmo no podía concebir que todo lo que el hombre hace, Dios se lo haya determinado. No cabía dentro de sus esquemas teológicos y filosóficos que el hombre no tuviera ni un ápice de libre voluntad. Fue aquí donde el humanista pensó haber encontrado el talón de Aquiles en Lutero.

Con mucho disgusto entra el sabio holandés en el combate que se le impone. En el año 1524 entrega al impresor su manuscrito Del Libre Albedrío, obra con la que tratará de desarmar a Lutero, y exclama: "¡Alea jacta est!" "¡La suerte está echada!" [5]

Del Libre Albedrío.

Esta obra llegó a las manos de Lutero en setiembre de 1524. El primero de noviembre del mismo año Lutero refiriéndose al tratado dijo: "No po-

[5] Ibid., p. 168.